

rini, que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto, fidelidad é inteligencia cada y cuando lo hemos empleado, sirviéndonos muy bien y como si hubiese nacido vasallo nuestro. Pensamos sobre todo seguir en buena concordia con nuestros aliados, usar del mismo rigor y de igual firmeza en nuestros negocios como hasta ahora, en cuanto permitan la razon y la justicia, y continuar la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos, y hasta que tocádoles Dios el corazon, podamos contribuir con todos

nuestros aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad, de tal manera que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creído oportuno comunicaros esto, para que sepais que los negocios de esta corona irán siempre como hasta ahora, á mas de que miramos siempre con particular cuidado cuanto concierne á vuestro Principado de Cataluña para guardarlo de todos los esfuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros: Dios os tenga en su santa guarda. San German de la Haya á los doce de diciembre de 1642.»

CAPITULO IX.

GUERRA DE PORTUGAL.

De 1641 á 1643.

Reconocen varias potencias al nuevo rey de Portugal, y hacen alianza con él.—Roma, por influencia de España, se niega á recibir sus embajadores.—Prision del príncipe don Duarte de Portugal en Alemania.—Prepárase don Juan IV. á la defensa de su reino.—Esfuerzos de España para reunir un ejército en la frontera.—Mala eleccion de general.—Flojedal con que se hizo la guerra por Extremadura y por Galicia.—Correrías y saqueos de una parte y de otra.—Conspiracion en Portugal para derrocar del trono á don Juan IV.—Quiénes entraban en ella y cómo fué conducida.—El arzobispo de Braga; el conde de Villareal, etc.—Es descubierta.—Castigo y suplicios de los conjurados.—Conspiracion del duque de Medinasidonia y del marqués de Ayamonte.—Intenta aquél proclamarse soberano de Andalucía.—Un español descubre en Portugal la conjuracion y la denuncia.—Castigo del de Medinasidonia.—Suplicio del de Ayamonte.—Continua la guerra de Portugal sin vigor y sin resultado.

Hecha la revolucion de Portugal, reconocido y jurado solemnemente don Juan IV. por la nacion congregada en córtes que él se apresuró á convocar, trató el nuevo soberano de hacerse reconocer por las

potencias de Europa, principalmente por las enemigas de la casa de Austria, á cuyo efecto despachó embajadores á varias córtés. Los que fueron á París (marzo 1641), encontraron á Luis XIII y á su primer ministro Richelieu tan favorablemente dispuestos como era de esperar hácia una nacion que se emancipaba de España y á cuyo alzamiento habian ellos contribuido, y sin dificultad se celebró un tratado de alianza entre ambas potencias, puesto que ninguna mas interesada que la Francia en desmembrar y quebrantar el poder de Castilla. La córte de Inglaterra tambien se prestó fácilmente á renovar la amistad antigua entre los dos pueblos, y á franquear el mútuo comercio entre los súbditos de ambas naciones. Dinamarca y Suecia se alegraron de contar con un soberano y un reino mas, que hiciera frente al poder de la casa de Austria.

La república holandesa esquivó hacer un tratado de paz con el nuevo reino, para no verse obligada á restituírle los dominios y establecimientos portugueses de la India que habia conquistado durante la union de Portugal con la corona de Castilla, y que los portugueses pretendian pertenecerles otra vez de derecho. Los diputados de la república, no desconociendo la razon que les asistia, quisieron diferir la solucion de este negocio hasta la reunion de los Estados generales; pero se ajustó una tregua de diez años, y aun envió la Holanda una escuadra á Portugal para

que en union con la francesa persiguiera la de los españoles (1).

Despues de algun tiempo y no sin contradiccion de algunos portugueses, resolvió el rey enviar tambien embajadores á Roma bajo la proteccion de la Francia, porque ya se temia la influencia de España en la córte pontificia. Y en efecto, el marqués de los Velez, que despues de su dimision como virey de Cataluña se hallaba allí de embajador, y don Juan Chumacero, hombre en estos asuntos de gran reputacion y valía, trabajaron con el pontífice, primeramente para que les negára la entrada, despues para que no los recibiera en audiencia, representándole que el duque de Braganza no era sino un súbdito rebelde al rey católico, y que si recibia á sus enviados como representantes de un monarca legítimo, ellos no podrian menos de salirse de Roma. El papa, ó movido de estas razones, ó no atreviéndose á disgustar á los embajadores de España, no recibió á los portugueses, por mas instancias que el de Francia le hizo (octubre, 1641). Bramaban de coraje el francés y los portugueses: produjo esto escenas escandalosas y sangrientas en Roma; salióse el marqués de los Velez de la ciudad con los cardenales españoles para dejar que pasase aquella tempestad de que le echaban la culpa; in-

(1) Laclede, Historia general de Portugal, tomo VIII.—Faria y Sousa, Epítome de Historias portuguesas, part. IV.—Seyner, Historia del levantamiento de Portugal, lib. IV., cap. 3 y 4.

sistió entonces de nuevo el embajador portugués obispo de Lamego en que le otorgase audiencia el papa; apretaba también el francés hasta con amenazas, y hasta con salirse de Roma; el papa se mantuvo inflexible, y los de Portugal se volvieron á su reino sin ser reconocidos, despues de solicitarlo inútilmente por espacio de un año.

Uno de los medios, y nada honroso en verdad, que emplearon los ministros españoles para contrariar la revolucion portuguesa, fué negociar del emperador de Alemania que prendiese al príncipe don Duarte de Portugal, hermano de don Juan IV., que ageno á todo lo que estaba pasando acá en su reino servia con gloria en los ejércitos imperiales como teniente general; príncipe de gran provecho, y que habia dado pruebas de mucho valor y de suma habilidad en la guerra. Nuestros embajadores en Viena reclamaron su prision so pretexto de que no viniese á Portugal donde podria dar grande ayuda al rey su hermano. Resistíasele al emperador el tomar una medida tan injusta, y tan contraria á la hospitalidad y á los derechos que el príncipe habia adquirido á la consideracion y á la gratitud. Defendíale con calor el archiduque Leopoldo, y con él otros personajes de la corte. Pero tal fué el empeño de la de España, que al fin logró que se ejecutára la prision del inocente, benemérito y desgraciado príncipe en Ratisbona (febrero, 1642), de donde fué conducido á Pasau y á Gra ts,

entregado despues á los españoles, y encerrado por estos en la ciudadela de Milan, donde murió, sin que su hermano pudiera jamás rescatarle por ningun medio. Accion inicua y baja, de mucha deshonra y ninguna utilidad para los ministros españoles (4).

Tan luego como don Juan IV. subió al trono, trató como hombre previsor de afirmarse en él por todos los medios. Mientras negociaba alianzas con otras potencias, fortificaba á Lisboa, reparaba las demas plazas del reino, mandaba instruir en el ejercicio de las

(4) Publicóse por aquellos tiempos en Portugal un folleto titulado: «EL PRÍNCIPE VENDIDO Ó VENTA DEL INOCENTE Y LIBRE PRÍNCIPE DON DUARTE, INFANTE DE PORTUGAL, celebrada en Viena á 23 de junio de 1642 años. *El rey de Hungría vendedor: El rey de España comprador.* Estipulantes en el acuerdo por el rey de Castilla *Don Francisco de Melo, gobernador de sus ejércitos en Flandes: don Manuel de Moura Corte-real su embajador en Alemania.* Por el rey de Hungría, *Su confesor: el doctor Navarro, secretario de la reina de Hungría.*—El muy alto y poderoso infante don Duarte hermano del serenísimo rey de Portugal don Juan IV., fué vendido por cuarenta mil risdales.»

Hasta aquí la portada del libro el cual empieza: Sea manifiesto al mundo un crimen monstruoso de la tiranía, un prodigio abominable de la ingratitude, y un estúpido sufrimiento de la inocencia, lleno de lástima, de horror y de indignacion. Con vos hablo, cristianos reyes, príncipes poderosos, repúblicas serenisi-

mas, estados ilustres, y señores grandes de toda Europa. A vos digo también, oh bárbaros gentiles que amais la libertad humana, etc.»

En cambio se publicó en España otro escrito en impugnacion del anterior, con no menos ampuloso título y no menos estravagantes infulas de erudicion que éste, pues se intitulaba *Portugal convencida con la razon para ser vencida con las católicas potentísimas armas de don Phelipe IV., el Pio, emperador de las Españas y del Nuevo Mundo*, sobre la justísima recuperacion de aquel reino y la justa prision de don Duarte de Portugal. *Obra apologética, juridico-teológico-histórico-política*, dividida en cinco tratados que se señalan en la página siguiente. En que se responde á todos los libros y manifiestos que desde el día de la rebelion hasta hoy han publicado los bergantistas contra la palmaria justicia de Castilla. Escribióla don Nicolás Fernandez de Castro, caballero del orden de Santiago, señor de Luzio, etc.

armas á todos los hombres capaces de llevarlas, á escepcion de los eclesiásticos y de los físicamente inútiles, se enviaban armas á todas partes, y se prevenia asi para el caso de una guerra, que era de esperar y él esperaba. Como que los portugueses le habian proclamado con gusto, con gusto tambien se prestaban á cumplir todo sus mandamientos y disposiciones.

Por nuestra parte se trató igualmente de formar ejércitos á las fronteras de Portugal, pero faltaban recursos, faltaba gente, y faltó sobre todo, como de costumbre, tino para ello. El dinero y los soldados se habian casi apurado para la guerra de Cataluña. Buscóse no obstante uno y otro, llamando á la córte todos los caballeros hijosdalgo é invitándolos á concurrir á la guerra con armas y caballos, segun la antigua usanza de Castilla. Pero los más, si bien no se negaron á servir á su rey y á su patria, hacianlo con su interés, pidiendo unos ayuda de costa, á condicion otros de obtener hábitos y mercedes. Con mas desprendimiento se condujeron muchos grandes, levantando á su costa compañías de á cien hombres, asi como los ministros de los consejos cumplieron con poner cada uno en campaña cuatro hombres armados. Y mayor y mas espontáneo hubiera sido el sacrificio de unos y otros, si el rey hubiera accedido á separar de su lado al ministro favorito que todo lo mandaba y por quien todo se perdia, y mucho mas si el rey, como era su deber, y como lo pedia la necesidad, hubiera dejado las de-

licias de la córte, y puéstose, como sabian hacerlo sus antecesores, en campaña. Aun asi se juntó un pequeño ejército, que habria podido hacer algo dirigido por un hábil y aguerrido general. Pero el conde-duque tuvo el malhadado tacto de elegir para este cargo al conde de Monterrey, ya conocido por su gobierno en Nápoles, pero que tenia el mérito de ser hermano de su esposa, y el compañero del ministro en sus galanteos y en sus banquetes, en sus fiestas, en sus correrías y aventuras. Y fué fortuna que negándose otros capitanes á servir á las órdenes de este gefe, se le diese por maestro de campo general á don Juan de Garay, grandemente reputado en las armas, como acababa de acreditarlo en la guerra del Rosellon.

Vergüenza era que tratándose de la reconquista de un reino, se redujeran las primera operaciones de la guerra por parte de la antes poderosa España á pequeñas escursiones é insignificantes correrías desde las plazas de Mérida y Badajoz á las comarcas de Elvas y Olivenza, en que los españoles solian volver con algunos prisioneros y algun botin, poco disciplinados los portugueses. Como empresa ya formal se intentó con un cuerpo regular de ejército el sitio y ataque de Olivenza, mas es desconsuelo tener que decir que hechas tres tentativas en tres acciones diferentes, en una de ellas abierta ya brecha y dado el asalto, todas tres veces fueron rechazados con pérdida los nuestros, cobrando con esto no poco brio los

portugueses. De tal modo era unánime en la corte la opinion en atribuir al de Monterrey aquellas pérdidas y aquella impotencia, que á pesar de su deudo y de su favor con el conde-duque, hubo que relevarle del mando de aquel ejército, el cual se encomendó al marqués de Rivas, conde de Santisteban, que no mucho mas experimentado, aun con tener por maestro de campo á Garay, tampoco consiguió ninguna ventaja. Por el contrario, don Martin Alfonso de Melo, general de los portugueses, ejecutó una bien combinada operacion con un cuerpo de cuatro mil hombres sobre la villa de Valverde, donde se hallaba don Juan Tarrasa con ochocientos infantes y trescientos caballos españoles de tropa reglada. La defensa que hizo Tarrasa fué buena, y costó al portugués mucha gente, pero Melo se apoderó de la villa, condújose con humanidad con los prisioneros y heridos, que llevó á Olivenza, y de allí pasó á Elvas, donde se celebró su triunfo con *Te Deum* y otras solemnidades, excesivas para una accion, si bien gloriosa, nada extraordinaria. Lo demás por aquella parte se reducía á escaramuzas diarias en los pueblos de una y otra frontera, y á talas, incendios y saqueos de una y otra parte.

Con más furia, y tambien con mas ferocidad se hacía la guerra por la parte de Galicia. El marqués de Tarrasa que allí mandaba, habia hecho una invasion con intento de atacar á Chaves, capital de la provincia de Tras-os-Montes, con un cuerpo conside-

rable de tropas; mas luego se retiró sin haber hecho otra cosa que una estéril amenaza y el saqueo de algunos pueblos. Cara nos costó esta accion, porque juntándose los habitantes en número de tres mil, invadieron á guisa de bárbaros la Galicia, destruyeron mas de cincuenta poblaciones, y cometieron todo género de violencias con los hombres, toda clase de abominaciones y liviandades con las mugeres. Las gentes huían atemorizadas á los montes; el de Tarrasa se encerró en el castillo de Monterrey, pero entretanto otras turbas feroces de portugueses entraron por otra parte de Galicia, y cometieron los mismos excesos, siendo de notar que los monges del monasterio de Bouro, que los acompañaban armados, no cedieron en ferocidad á los seculares. Los habitantes de Braga, Viana y Guimaraes, movidos por Gaston Coutiño, arrojaron á los españoles de algunas fortalezas que conservaban en territorio portugués. Nada se adelantó con que fuera á Galicia el cardenal Espinola; nada tampoco digno de su nombre ejecutó el duque de Alba por el lado de Ciudad Rodrigo (1).

Lo que sucedía, y esto entraba en el orden natural de las cosas, era que las antiguas posesiones portuguesas en Asia, Africa y América, segun iban teniendo noticia del alzamiento de Portugal y de la proclamacion de don Juan IV., todas se iban alzando

(1) Laclede: Historia general tome de las cosas sucedidas, etc. de Portugal.—Soto y Aguilar: Epi-